



**Universidad de la República**  
**Facultad de Psicología**



# **La importancia del juego y el vínculo materno en la constitución psíquica del infante**

**TRABAJO FINAL DE GRADO**

**Modalidad: Monografía**

**Estudiante: Jimena de los Santos**

**C.I: 4.674.604-2**

**Tutor: Prof. Adj. Laura de Souza**

*Montevideo, 30 de julio de 2016*

## Índice

Índice.....	2
Resumen .....	3
Abstract .....	4
1. Introducción .....	5
2. Desarrollo .....	8
2.1. Díada madre-hijo.....	8
2.1.1. Dependencia absoluta .....	9
2.1.2. Dependencia relativa .....	12
2.1.3. Hacia la independencia.....	16
2.1.4. Apego .....	16
2.2. Juego .....	19
2.2.1. Desde Freud: el niño como poeta y creador de su propio mundo .....	19
2.2.2. Desde Klein: revolución del modelo de análisis infantil .....	20
2.2.3. Juegos y juguetes .....	21
3. Reflexiones finales.....	31
4. Referencias Bibliográficas.....	34

## Resumen

Los objetos y fenómenos transicionales son medios para establecer un límite entre lo interno-externo, definen una zona transicional. El objeto transicional es creado por el infante pero también pertenece al mundo. Representa la unión de la madre y el hijo; es un símbolo, constituye algo más que simplemente la unión de las partes. En esta superposición de la alucinación del objeto y los objetos reales es donde el niño experimenta el control omnipotente y se despliega el jugar. Para Winnicott el juego comienza cuando el infante puede relacionarse con el otro y los objetos. Para Rodolfo, tiene un inicio más temprano en el desarrollo, relacionado con la constitución libidinal de su cuerpo.

La dependencia absoluta, la dependencia relativa y hacia la independencia, constituyen las tres fases del desarrollo afectivo primario del infante, en las cuales se llevan a cabo tres procesos: integración, personalización y realización. Los primeros dos serán facilitados por las funciones maternas de *holding* y *handling*, mientras que en el tercero se establece “la relación de objeto” que implica el relacionamiento con la realidad y la “presentación del objeto”. En la última fase se da el proceso de sociabilización y se caracteriza por “el uso del objeto”.

Los cuidados hacia el infante implican, al comienzo, la comprensión de las necesidades por parte de su madre de manera activa (generan signos de identificación). Gradualmente, ella ayuda al infante a tolerar la frustración que le genera aceptar la realidad (ilusión- desilusión) y habilita la separación teniendo una doble polaridad.

## Palabras claves

Juego — Díada madre-hijo — Objetos transicionales — Sostén

## **Abstract**

Transitional objects and phenomena are means to establish a boundary between the internal and external, they define a transitional zone. The transitional object is created by the infant but it also belongs to the world. It represents the union of the mother with the child; it is a symbol, it is more than just the sum of the parts. In this overlap of hallucinated object with the real one it is where the child feels omnipotent control and unfolds the play. For Winnicott the game begins when the infant can relate himself to other and objects. To Rodolfo, it has an earlier onset in development, related to the libidinal constitution of his body.

The absolute dependence, relative dependence and towards independence, constitute the three phases of infant primary affective development, in which three processes are held: integration, personalization and realization. The first two will be provided by the maternal functions of holding and handling, while in the third one, "object relations", that involves the relationship with reality and the "object-presenting" phenomena, is set. In the last phase the process of socialization occurs and is characterized by "the use of the object".

Infant care involves at the beginning, the mother's understanding of her infant's need (generating identification signs). Gradually, she helps the infant to tolerate frustration generated when accepting reality (illusion – disillusion) and enables the separation having a dual polarity.

## 1. Introducción

Jessica Benjamin (1996) establece que los cuidados brindados al infante desde el inicio de la vida generan signos de identificación de mutuo reconocimiento. Estos gratifican a la madre y producen en ella sentimientos de pérdida, ese bebé ya no forma ni física ni mentalmente parte de ella, no se encuentra dentro de ella y tampoco en su fantasía. El reconocimiento es un elemento constante que “incluye las diversas respuestas y actividades de la madre (...), el reconocimiento se vuelve cada vez más un fin en sí mismo: primero un logro de armonía, y después una palestra de conflictos entre el sí mismo y el otro (Benjamin, 1996, p.36).

La afirmación y el reconocimiento son los polos de un delicado equilibrio que forma parte de la diferenciación. Esta última se define como el “desarrollo del individuo como un sí- mismo consciente de que es distinto de los otros”. El reconocimiento del otro le da significado a la propia existencia. “El infante es un participante activo que contribuye a dar forma a las respuestas de su ambiente, y que «crea» sus propios objetos” (Benjamin, 1996, p.24-28).

La primera infancia siempre ha sido de gran interés, incluso antes de comenzar mis estudios académicos en esta Institución. El entusiasmo y la motivación que me genera conocer esta temática han marcado mi trayecto y modificado mis decisiones en mi recorrido por la Facultad de Psicología. Así como también me ha impulsado a trabajar con niños desempeñando otro rol, como auxiliar de jardín de infantes. Este trabajo me brinda la posibilidad de aprender a jugar y crear con niños de diferentes edades, observando cómo varían sus intereses lúdicos en los diferentes momentos de su vida, no solo a través de los juegos que eligen y los juguetes que utilizan, sino también en sus producciones imaginativas y creativas, en los gráficos y en sus formas de relacionarse con el otro (ya sea un par o un adulto).

Concibo la infancia como una etapa definitoria en la vida de la persona, en donde los vínculos (las precisas separaciones y uniones) y el jugar, contribuirán a su mejor desarrollo. Creo pertinente destacar la importancia que posee el juego en el niño como conformador de futuras relaciones interpersonales, como una actividad que genera placer, y la importancia que tiene por su función de relacionamiento con el mundo externo y la posibilidad de elaborar conflictos mediante su realización.

En la primera parte del presente trabajo se abordará la importancia de la díada madre-hijo, en relación a los cuidados maternos (identificar y responder a las necesidades del

infante) y su función habilitadora en la construcción del psiquismo del niño, siendo el reconocimiento, el elemento constante de todos los hechos y fases del desarrollo. “La afirmación y el reconocimiento pasan a ser los movimientos vitales en el diálogo entre el sí-mismo y el otro” (Benjamin, 1996, p. 36). El estudio y la construcción del infante en un sentido del sí-mismo es “afectado por el rechazo o la realización de ese deseo por parte del otro” (Benjamin, 1996, p.32).

Esta temática será elaborada, principalmente, desde las teorías que desarrolló Donald W. Winnicott (1896-1971), que generaron cambios innovadores en la concepción de la infancia, introduciendo no solo un giro en el paradigma teórico, sino también en sus consideraciones sobre la clínica. En las fases del desarrollo afectivo primario, se generan tres procesos. El primero es la integración, lo que implica que el infante logre la unidad a través de la función materna de sostén. El segundo refiere a la personalización, a través de la función de manejo. Estos dos primeros procesos serán logrados en la primera etapa de dependencia absoluta. El tercero, la realización, es la etapa en la que el bebé establece la relación de objeto, lo que supone una relación primitiva con la realidad externa, siendo la madre la que presenta ese objeto. Winnicott define este proceso en la etapa de dependencia relativa. En última instancia (en la fase hacia la independencia), en el desarrollo afectivo primario se da el proceso de sociabilización, donde el infante usa el objeto (De Souza, L., Anfusso, A. 2016).

En la segunda parte del trabajo se desarrollará la temática de juego en el transcurso de los primeros años de vida del niño. De modo introductorio se considerarán los aportes de Sigmund Freud y Melanie Klein (que fueron precursores para la teoría), para luego desarrollar con mayor profundidad los de Ricardo Rodulfo y Donald W. Winnicott, teorizaciones que poseen divergencias y puntos en común interesantes.

Se abordará la temática del juego y el jugar en el infante como actividades que conciernen al discurso infantil: “el juego como una parte consustancial del discurso como texto, que conlleva la moción pulsional, el objeto al cual se dirige, su retorno y los efectos de escritura que dicho acontecer determina, produciendo sujeto del inconsciente” (Casas de Pereda, 1999, p.20).

El juego posee valor para el niño como actividad estructurante, placentera, creativa y elaboradora de conflictos. La primera, desarrolla en el niño nociones de espacio y tiempo así como su coordinación perceptivo-motriz. En la segunda, el niño al jugar obtiene placer, el cual se logra por la sumatoria de diferentes placeres como por ejemplo lograr un triunfo o terminar una tarea. La actividad creativa desarrolla la

capacidad del niño de transformar el material de diferentes experiencias vividas y de su propia imaginación, escenificándolo de forma singular y otorgándole un sentido particular. Como actividad elaboradora de conflictos, se genera una armonización entre lo que se desea y lo que se prohíbe, por tanto, el juego funciona como amortiguador (Weigle, 1986):

(...) A través del juego, el niño aprende a diferenciar los atributos de dos mundos diferentes, la fantasía y la realidad. En un primer momento, jugar y aprender quedan integrados, ya que a través del jugar el niño desplegará el lenguaje y construirá su universo simbólico (Aguilera; Damián, 2010, p. 59).

Se estudiarán los cambios que se generan en el jugar, en función de dos cosas: la etapa evolutiva por la que transita el infante y la díada madre-hijo. En *Apego y juego. Marcas epocales en la conformación de las funciones parentales*, los autores del trabajo citan a Winnicott para referirse a este tema:

Enriquecerá estas ideas relacionando la emergencia de la capacidad del niño de jugar con el ejercicio de la función materna. Postulará que entre el espacio interior-intrapsíquico- y el espacio exterior -signado por la percepción de la realidad objetiva- existe un tercer espacio: ni interno, ni externo, al que llamará "intermedio". Este territorio de transición -que demarca límites entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo- permite los intercambios tempranos entre el niño y sus padres, dando lugar a acontecimientos particulares denominados "fenómenos transicionales". Entre ellos se destaca el jugar. El espacio transicional se co-construye entre el bebé y su madre, gracias a la contención y sostén que los padres despliegan tempranamente permitiendo que en el niño crezca la ilusión, la creencia y la confianza sobre su propia capacidad creadora. (Winnicott, 1971) (Paolicchi y otros, 2012, 243).

## 2. Desarrollo

### 2.1. Díada madre-hijo

La palabra infante designa al niño pequeño que no ha adquirido el habla. En este momento el infante “depende de un cuidado materno basado más en la empatía de la madre que en lo que es o puede ser expresado verbalmente” (Winnicott, 1993, p.51).

A su vez, el autor previamente citado define a la infancia como:

(...) El periodo en el cual todavía está en proceso de formación la capacidad para recoger los factores externos en el ámbito de la omnipotencia del infante. El yo auxiliar del cuidado materno le permite vivir y desarrollarse a pesar de no ser capaz de controlar o de sentirse responsable por lo bueno y malo del ambiente (Winnicott, 1993, p. 48).

Las condiciones por las cuales un infante es infante, están determinadas por el cuidado materno que se ejerce sobre él. El crecimiento y el desarrollo son variables que pueden ser definidas como parámetros generales en el niño, estableciendo cierta universalidad. El cuidado materno, en cambio, imprime lo singular, lo único, inherente a cada niño (Winnicott, 1993).

El cuidado parental puede dividirse en tres etapas que se superponen: la primera: el sostén, la segunda: madre y niño viven juntos y la tercera: padre, madre e infante viven juntos (Winnicott, 1993).

En la etapa de sostén, el yo del infante pasa de un estado no integrado a una integración estructurada, atravesando la angustia asociada a la desintegración (considerando un desarrollo sano del individuo). El infante gradualmente logrará separarse, para así lograr un “estado de unidad”. Se establecen en este proceso nuevos significantes como por ejemplo: la piel adquiere un significado preponderante; ya que funciona como una membrana limitadora entre el yo y el no-yo, “de modo que este empieza a tener un interior y un exterior, y un esquema corporal. Adquieren sentido las funciones de incorporación y expulsión; además va justificándose cada vez más postular una realidad psíquica personal o interior del infante” (Winnicott, 1993, p.57).

El niño en esta fase de sostén es dependiente de su madre. Una buena unión y sostén, propician un terreno firme para la posterior separación, el infante se vivencia como otro separado de su madre.



Winnicott (1993) plantea que esta dependencia se puede clasificar de tres maneras: dependencia absoluta, dependencia relativa y finalmente hacia la independencia, lo cual refiere a etapas en el desarrollo emocional primitivo del infante. A continuación se desarrollarán las mencionadas etapas.

### **2.1.1. Dependencia absoluta**

Es la etapa más temprana en el desarrollo del infante, comprendida entre los cero y los seis meses aproximadamente. En esta etapa, los cuidados maternos posibilitan el desarrollo y se imprimen sobre el bebé que a su vez ya es poseedor de material: lo innato.

En esta etapa de dependencia absoluta durante el desarrollo emocional primitivo del infante, la función materna y los cuidados que ella realiza refieren: al adecuado sostén corporal del bebé (*holding*), su manipulación (*handling*) y la presentación de objeto. Como ya fue mencionado, según Winnicott, en el desarrollo del infante, la primera da lugar en el bebé al proceso de integración (logrando la unidad), la segunda al proceso de personalización (el infante se encuentra psíquicamente alojado en el cuerpo) y la tercera, la presentación de objeto que brinda al infante la posibilidad de establecer relaciones primitivas con la realidad externa mediante la relación de objeto. Es en la etapa de dependencia relativa en donde la función materna de presentación de objeto se realiza por parte de su madre (Anfusso, de Souza, 2016).

En cuanto al ambiente, oficia de facilitador y posibilita la expresión de procesos madurativos constantes, es decir lo heredado, siendo los padres los proveedores del cumplimiento de las necesidades del niño.

Winnicott (1979) denomina preocupación maternal primaria, al período de tiempo en el que la madre se encuentra totalmente evocada al cuidado de ese bebé. En esta etapa la madre conoce lo que su bebé necesita y siente, no se diferencia de él, ni viceversa. Es posible hablar de devoción y “emplear esta palabra para describir un aspecto esencial de este momento, sin el cual la madre no puede desempeñar su papel y adaptarse activamente, con sensibilidad, a las necesidades de su bebé, necesidades que, al comienzo, son absolutas” (Gillerault, 2009, p.40).

En este estadio del infante de dependencia absoluta, el niño “se confunde con y en su madre”. El bebé según Winnicott, no existe en cuanto tal, como individuo independiente; se encuentra unido a su madre por completo, “desprovisto de cualquier forma de autonomía o independencia” (Gillerault, 2009, p. 41).

El proporcionar al infante un medio bueno o suficiente permite el cumplimiento de sus propias satisfacciones. La madre satisface las necesidades del infante, “estas, al principio son corporales, pero paulatinamente pasan a ser necesidades del yo” (Winnicott, 1979, p.410).

Winnicott utiliza palabras como fusión, indistinción e indiferenciación para definir esta etapa, el bebé no tiene idea de su madre como persona ni de sí mismo como tal; “(...) existe, pues un estadio donde el lactante sólo existe en la razón de los cuidados maternos, con los cuales forma un todo, una unidad” (Gillerault, 2009, p.41).

En estas instancias de dependencia, se define a la madre como suficientemente buena, ya que ella es la que le brinda la existencia al bebé, anticipándose a todas sus necesidades de manera casi mágica. Winnicott plantea que la madre constituye el ambiente del infante y se la define como madre-ambiente. También es ella la que en esta etapa de dependencia absoluta, habilitará la separación de ambos: teniendo una doble polaridad (Gillerault, 2009, p.46). La madre le brinda a su bebé todo y este se satisface de ello, da lugar al sentimiento de omnipotencia, siendo innecesario que el lactante exprese algún tipo de necesidad, ya que estas serán satisfechas de antemano por su madre, no solo las instintivas sino también las yoicas. Una de estas últimas es el sostén, siendo la base la identificación entre ambos (Winnicott, 1993).

La identificación surge en el bebé desde muy temprana edad, “existen reflejos primitivos de los que puede decirse que constituyen la base de estos desarrollos, por ejemplo la sonrisa con la que el bebé responde a otra sonrisa” (Winnicott, 1993, p.117).

Con el desarrollo del bebé, se complejizará el proceso de identificación que implica al decir de Winnicott (1993) la existencia de la imaginación. En esta etapa de la vida del bebé, la integración y la personalización son los procesos que se originan en el infante.

El *holding*, refiere al adecuado sostenimiento emocional y físico del infante por parte de su madre u otro que sea capaz de identificarse con el bebé. Estos cuidados generan en el infante una vivencia de integración de su cuerpo, de unidad: el yo, que de cierta forma limita todo lo que no es yo: el *no-yo*.

Winnicott (1993) establece que el sostén:

Toma en cuenta la sensibilidad dérmica del infante (...) y su desconocimiento de la existencia de nada que no sea el self; incluye la totalidad de la rutina del cuidado a lo largo del día y la noche, que no es la misma para dos infantes cualesquiera, porque forma parte del infante, y no hay ningún par de infantes que sean iguales (p.63).

La continuidad para Winnicott está dada por la presencia de la madre-objeto, sin su sostén el bebé no puede construirla. Ella sostiene el yo del infante con el suyo, haciéndolo estable y permanente. El infante construye su propia identidad a partir de la identidad que su madre imprime sobre él y sobre la identificación. El *self* para Winnicott es la dimensión de la identidad, para el bebé es necesario apropiarse de sí mismo para poder construirla. El falso *self* “corresponde a lo que se produce cuando el trayecto, el proceso de desarrollo primordial, se ve modificado, desviado de su trayectoria (¿«natural»? , ¿«espontánea»? ) y falseado, justamente, ya sea por la falta del sostén («deprivación») o por el abuso de una invasión («intrusión»)” (Gillerault, 2009, p.203).

Winnicott menciona entonces que se genera un falso *self*, dado que el infante se debe someter a lo que ese ambiente le impuso, generando un “sí mismo sesgado”, que por lo antes mencionado renuncia a su devenir auténtico para ofrecer su falso *self* (Gillerault, 2009, p.203).

Los cuidados hacia el infante suponen la comprensión de sus necesidades por parte de su madre, esto también implica habilitar la expresión de las mismas, el gesto espontáneo; de lo contrario se lo somete. Sobre esta base se genera el falso *self*, que puede ser defensivo y según Winnicott protege al self verdadero (Winnicott, 1993).

El gesto espontáneo genera una respuesta del ambiente, la cual puede favorecer o no su cumplimiento; deviniendo self verdadero o self falso, respectivamente (Gillerault, 2009). El autor arriba citado menciona:

Una vez que la protección del verdadero self está asegurada, se edifica un falso self sobre la base de una sumisión defensiva que tiene en cuenta la reacción a esa intrusión. El desarrollo de un falso self es una de las organizaciones de defensa más logradas, destinada a proteger el núcleo del verdadero self (Gillerault, 2009, p. 205).

Por otra parte el *handling* (Winnicott 1993) refiere al manejo o a la manipulación; esta función materna permite que el infante logre la personalización, una relación con su cuerpo y sus funciones. Cobra vital importancia la piel, puesto que limita el yo del no-yo. Winnicott establece que la manipulación le brinda al infante una vida psicósomática

individual. “Por manipulación se entiende la provisión ambiental que se corresponde estrechamente con el establecimiento de una asociación psicosomática” (p. 81).

En conclusión, con respecto a las funciones de sostén y manipulación, podemos establecer que el apropiado desarrollo de las mismas facilita los procesos de maduración y establece las bases de la personalidad. Las cuestiones antes mencionadas refieren a un proceso sano de vínculo madre-bebé. Gracias a ello, en el infante se establece una “continuidad de ser que constituye la base de la fuerza del yo” (Winnicott, 1993, p.67). En caso de que existan carencias en el cuidado materno estas interrumpirán dicha continuidad. Winnicott menciona que es necesario actuar para que el infante pueda llegar a sentir que es él mismo e idéntico a sí (Gillerault, 2009).

La madre brinda al infante los objetos y también ese objeto forma parte del mundo real (partiendo de la experiencia omnipotente el infante comienza a crear el mundo experimentando la frustración). El sujeto no es ni lo uno, ni lo otro, es ambas cosas: ese objeto fue creado por el niño pero también fue proporcionado. Lo paradójico del pensamiento de Winnicott supone aceptar la realidad y observarla (Anfusso, Indart, 2009). Gillerault (2009) afirma:

La madre continúa actuando como si lo siguiera gestándolo, más allá de que haya finalizado el embarazo. Todo sucede como si el niño no hubiera nacido de verdad, ya que sistemáticamente se responde a él y se le proveen todas las necesidades que pueda tener. No puede pues sentir ninguna carencia, puesto que, en principio, ¡no las hay! En efecto, “la madre no crea las necesidades del lactante sino que las satisface en el momento adecuado” (p.43).

### **2.1.2. Dependencia relativa**

Comprendida entre los seis y veinticuatro meses aproximadamente, la dependencia relativa es definida por el autor como un “periodo de adaptación con una falla gradual de la adaptación. La gran mayoría de las madres están dotadas para proveer una desadaptación graduada, y esto engrana perfectamente con los desarrollos rápidos que despliega el infante” (Winnicott, 1993, p.114). La madre provee de cuidados y completa atención al bebé, él percibe esto y paulatinamente comienza a darse cuenta de la dependencia, siendo la madre la que gradualmente promueve esta desadaptación. El bebé percibe su ausencia, pero cree que ante ésta, su madre no sobrevive; cuando el período de tiempo en el que su madre ausente excede el lapso de tiempo capaz de ser soportado por el bebé, le invade la angustia. El infante siente la ausencia de la madre y comienza a entender que ella es necesaria. La madre sabe

que su hijo adquirió la capacidad de “emitir una señal para guiarla hacia la satisfacción de sus necesidades”, este es un rasgo importante a considerar que marca el final de la etapa de fusión (p.65).

Según Winnicott, esta es la “fase en la cual el individuo pasa de la dependencia a la independencia”. El proceso primitivo del desarrollo emocional del infante, se realiza de forma gradual (Winnicott, 1979, p. 304).

Como fue mencionado anteriormente, el cumplimiento de las necesidades del infante por parte de su madre en el tiempo y espacio adecuado, son el resultado de la “íntima identificación” de la madre con su bebé (Winnicott, 1979):

La “madre” lo bastante buena (que no tiene por qué ser la del niño) es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades de este y que las disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración” (Winnicott, 1971, p.27).

La madre es la que le brinda la oportunidad al infante de crearse la ilusión de que ese pecho es él: “existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear”. El infante cree que mágicamente lo crea, en función de sus necesidades, lo cual lo hace omnipotente: “la omnipotencia es casi un hecho de la experiencia” (Winnicott, 1971, p.28- 30).

Dado que el pecho materno es creado por el infante en función de estas necesidades, Winnicott (1971) menciona que se desarrolla en él un fenómeno subjetivo, al que llama pecho materno. El infante cree que ese pecho forma parte de él, dado que su madre se lo brinda en el tiempo exacto y acorde a su necesidad; se superpone lo que brinda la madre y lo que el bebé es capaz de crear. Se genera una zona intermedia de experiencia. En relación a esta teoría de la ilusión-desilusión, Winnicott (1971) establece: “la tarea de aceptación de la realidad nunca queda terminada, que ser humano alguno se encuentra libre de la tensión de vincular la realidad interna con la exterior, y que el alivio de esta tensión lo proporciona una zona intermedia de experiencia que no es objeto de ataques” (p.31).

Gradualmente la madre comienza a desilusionar al infante, pero no lo podrá hacer si previamente no lo ilusionó lo suficiente. El infante comienza a separar su realidad interna de la externa, separarse él y el mundo, y para lograr esto es necesario generar una zona intermedia. Winnicott (1971) destaca la importancia de la continuidad temporal del ambiente emocional y/o los objetos transicionales. Esta zona intermedia,

que comparte realidad interna y externa, es la experiencia del yo del infante. Es su madre la que le proporciona el objeto al infante, el infante ante su necesidad piensa que fue creado por él. “La madre adaptativa presenta un objeto o una manipulación que satisface las necesidades del bebé, de modo que este empieza a necesitar exactamente lo que la madre le presenta” (Winnicott, 1993, p.81). Desarrolla la confianza y la omnipotencia, pensando que es capaz de crearlo todo.

El objeto transicional es el primer objeto no subjetivo del infante y es la primera posesión no-yo. Es un medio para establecer un límite entre el adentro y el afuera, es decir, es una experiencia intermedia donde los límites no se han consolidado. Ocurre entre los seis y los doce meses, el infante tiene que haber adquirido determinada madurez para poseer un objeto transicional. Winnicott refiere con esto último a “la capacidad para dar forma a símbolos en los términos del uso de un objeto transicional”. Para el infante simboliza el pecho materno y el poder simbolizar implica poder distinguir entre fantasía–realidad y lo interno-externo. Winnicott (1971) menciona al respecto que “el que no sea el pecho (o la madre) tiene tanta importancia como la circunstancia de representar al pecho (o a la madre)”. Para el infante este objeto es trascendental, calma la angustia y la ansiedad asociada a la separación. El autor dice que puede no existir un objeto transicional diferente a su madre, en tal caso, el infante no puede “gozar del estado de transición” (p. 22- 23).

El objeto transicional según Winnicott (1971) cumple con algunas cualidades:

El bebé adquiere derechos sobre el objeto, y nosotros los aceptamos. Pero desde el comienzo existe como característica cierta anulación de la omnipotencia. El objeto es acunado con afecto, y al mismo tiempo amado y mutilado con excitación. Nunca debe cambiar, a menos de que lo cambie el propio bebé. Tiene que sobrevivir al amor instintivo, así como al odio (...) Al bebé debe parecerle que (...) posee una vitalidad o una realidad propias. Proviene de afuera desde nuestro punto de vista, pero no para el bebé. Tampoco viene de adentro: no es una alucinación. Se permite que su destino sufra una descarga gradual (p. 22).

En relación al objeto transicional pero con otra perspectiva Gillerault (2009) afirma:

Aquí es donde interviene el objeto transicional o área transicional, que constituye un nuevo desarrollo del tema de la ilusión. Winnicott nos lo indica muy claramente: “si, en lugar de la palabra “ilusión”, tomamos el pulgar o el pequeño trozo de manta (...) se entiende entonces lo que intenté describir (...) con el término de objeto transicional. (...) a la

ilusión sucede el objeto transicional, que es su avatar secundario (p.125).

Los fenómenos transicionales son pensamientos o fantasías que acompañan las experiencias del infante y que comienzan a aparecer entre los cuatro a seis meses de vida (Winnicott, 1971, p.20). “Representan los primeros estadios de la utilización de la ilusión sin la cual un ser no atribuye ningún sentido a la idea de una relación con un objeto percibido por los demás como exterior a él” (Gillerault, 2009, p.125). Estos, ayudan a que el bebé logre poco a poco perder significancia hacia su objeto transicional y esto se relaciona con que los fenómenos se tornan difusos: el límite entre lo interno-externo, fantasía-realidad, creación-descubrimiento (Ruiz, 1994, p.149).

La transicionalidad supone una adquisición por lo que no puede ser abandonada, como sucede con el objeto. En el capítulo relacionado al juego, esta temática será abordada con mayor profundidad.

### **2.1.3. Hacia la independencia**

En el estadio llamado hacia la independencia, el infante es capaz de soportar la separación de su madre, él la reconoce como un ser real e independiente. El niño puede, gradualmente, enfrentar el mundo y las dificultades. A través de las experiencias acumuladas es que el infante logra atravesar este estadio. La independencia que un individuo puede lograr nunca es absoluta, sino que es interdependiente. “Se identifica con la sociedad en círculos crecientes de la vida social” (Winnicott, 1993, p. 119).

### **2.1.4. Apego**

En la etapa “hacia la independencia”, el niño comienza a sociabilizar y amplía su círculo de relaciones. Es John Bowlby (2012) quien en su teoría del apego, sostiene que la sociabilidad es un fenómeno primario y no secundario:

El apego es uno de los lazos afectivos más importantes que el ser humano es capaz de establecer con otros y responde a una necesidad fundamental: la de sentirse seguro, protegido, ayudado. (...) La teoría del apego parte de una concepción relacional del desarrollo que privilegia el fenómeno temprano de “estar con otro” como uno de los rasgos centrales de la experiencia humana. De esta forma la intersubjetividad deviene fuente y trama básica de la subjetividad intrapsíquica. Al ser internalizadas, las vivencias vinculares tempranas constituyen el prototipo de las posteriores relaciones afectivas (Bowlby, 1979; Dio Bleichmar, 2005) (Paolicchi, G. y otro, 2012, p.244).

El estudio del vínculo que une al bebé con su madre se ha transformado con el paso del tiempo y en la literatura psicoanalítica. Bowlby (2012), establece que se solían defender cuatro teorías fundamentales en relación a la naturaleza y el origen de tales lazos. La primera de ellas, teoría del impulso secundario, está basada en el supuesto de que el infante posee necesidades fisiológicas relacionadas a la alimentación y al recibir calor principalmente. Por lo tanto, la madre, satisface dichas necesidades y el bebé se interesa por ella dado que es la proveedora de todas sus gratificaciones. La segunda de ellas, teoría de la succión del objeto primario, se relaciona con “la propensión innata a entrar en contacto con el pecho humano, succionarlo y poseerlo oralmente. (...) El bebé aprende que ese pecho pertenece a la madre, lo que hace que se apegue a ella”. La tercera de ellas, la teoría del aferramiento a un objeto primario, establece que los bebés poseen la condición innata de establecer vínculos con otros seres humanos y aferrarse a ellos. Esta necesidad es tan importante como el alimento



y el calor. Por último, en la cuarta teoría, denominada teoría del anhelo primario de regreso al vientre materno, "los bebés están resentidos por haber sido desalojados del vientre materno y ansían regresar a él" (p.248- 249). Estas teorías fueron el puntapié inicial para el desarrollo de otras posteriores.

Bowlby (2012), divide en varias fases el desarrollo de la conducta del apego y menciona que no existen límites estrictos entre ellas. La primera fase denominada de pre-apego; transcurre desde el nacimiento hasta las ocho semanas aproximadamente. En la misma, se establece que la diferenciación de una persona u otra por parte del bebé, se limita a los estímulos olfativos y auditivos. "La conducta del bebé hacia cualquier persona cercana incluye su orientación hacia esa persona, movimientos oculares de seguimiento, agarrar y tratar de alcanzar, sonrisas y balbuceo" (p. 354). La segunda, llamada fase de formación de apego transcurre desde las seis-ocho semanas a los seis meses aproximadamente. La tercera fase denominada de apego propiamente dicha abarca desde los seis a los dieciocho meses. La cuarta y última de ellas llamada formación de relaciones recíprocas, comprende desde dieciocho meses en adelante.

Durante los primeros meses de vida del infante, como fue mencionado anteriormente, el bebé utiliza preferentemente la visión y la audición para comunicarse en el mundo. Primeramente, el uso de los objetos también se regirá por esta configuración, para luego ampliar el uso de los mismos conjuntamente con un desarrollo motor, permitiendo el manejo manual de los mismos:

La exploración del entorno, incluyendo el juego y las diversas actividades con los compañeros, es considerada un componente básico de la conducta de apego (Bowlby, 2009), porque en tanto lazo de dependencia, permite establecer una "base segura" que habilita la exploración y el dominio del entorno. Si el cuidador es una figura cercana a la que el niño puede volver en caso de riesgo, proporcionará experiencias de apego seguras; si por el contrario, la figura de apego no está adecuadamente disponible y no es receptiva a las necesidades del niño, éste experimentará inseguridad, miedo y ansiedad (Paolicchi, G. y otros, 2012, p.246).

Las autoras anteriormente citadas, se refieren a Winnicott cuando este relaciona la capacidad de juego del niño con la función materna:

Postulará que entre el espacio interior -intrapsíquico- y el espacio exterior -signado por la percepción de la realidad objetiva- existe un tercer espacio: ni interno, ni externo, al que llamará "intermedio". (...)

dando lugar a acontecimientos particulares denominados "fenómenos transicionales". Entre ellos se destaca el jugar. El espacio transicional se co-construye entre el bebé y su madre, gracias a la contención y sostén que los padres despliegan tempranamente permitiendo que en el niño crezca la ilusión, la creencia y la confianza sobre su propia capacidad creadora. (Winnicott, 1971).

“Se podría pensar que existe una relación entre esta confianza y aquello que Bowlby señaló como una de las funciones centrales de los vínculos de apego: contribuir a la conformación de una base segura desde la cual explorar el mundo” (Paolicchi, G y otros, 2012, p. 249). La aparición del juego en el desarrollo del niño, se encuentra determinada por varios factores, algunos de ellos ya mencionados, como por ejemplo la base segura que posibilitará la exploración del entorno y la conformación de vínculos, así como también se encuentra condicionada por las funciones parentales y el ejercicio que el adulto haga de ellas. El desarrollo del juego y su aparición, “indica la presencia de trabajos psíquicos instituyentes de subjetividad”: procesos elaborativos del yo (trauma, transformación), símbolo, creación, ilusión. (Paolicchi, G y otros, 2012, p. 250).

El infante a los tres meses interactúa mediante el juego facial, es posible determinar que a esta edad se inicia el juego en la vida del bebé. Benjamin (1996) menciona que en este juego es crucial la reciprocidad de ambos, pudiendo crear o por el contrario perturbar.

El reconocimiento mutuo, es crucial para la visión intersubjetiva; es necesario lograr la separación para ver al otro como individuo diferenciado. De lo contrario no es posible lograr ese reconocimiento, dado que se obtiene en tanto exista otro separado de mí. La externalidad permite que las experiencias por las que transita el individuo tengan para él un impacto emocional alto. Benjamin (1996) afirma:

El reconocimiento que el niño busca es algo que la madre solo puede dar gracias a su identidad independiente. (...) Por cierto, a medida de que el niño va estableciendo su propio centro independiente de existencia, el reconocimiento que brinda la madre solo será significativo en cuanto refleje la subjetividad de ella, igualmente separada (p. 38).

## 2.2. Juego

### 2.2.1. Desde Freud: el niño como poeta y creador de su propio mundo

Sigmund Freud, en el desarrollo de su teoría realiza variaciones con respecto al juego en el niño. Inicialmente ve el juego como síntoma: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* es el puntapié inicial con el que Freud comienza a recabar material para la elaboración de su trabajo *Sobre las teorías sexuales infantiles*.

Luego, en *Más allá del principio de placer* publicado en 1920, modifica su enfoque teórico y se refiere al juego como expresión de la creatividad; conceptualiza el sentido que tiene el jugar para un niño, a través de las observaciones que realiza a un niño de año y medio. El mismo consistía en tirar todos los objetos que se encontraban cerca de él a un lugar lejano. Mientras realizaba esto expresaba “o-o-o-o”, siendo interpretado como *fort*. “se fue”. Freud, en relación a esto comenta que el uso que el niño hacía de sus juguetes era el de jugar a que estos se iban.

También observó que este juego en el niño se prolongaba en el uso del carretel, ya que no lo usaba arrastrándolo tras de sí con el hilo, sino que por el contrario, lo tiraba dentro de su cuna y el carretel desaparecía. Entonces el niño pronunciaba: “o-o-o-o”, para luego tirar de la piola y lograr que este vuelva a aparecer, exclamando: “da”: “acá está”. Freud menciona que ese era el juego completo: el de desaparecer y el de volver. El niño lo repite incansablemente y así elabora la partida de su madre a través del juego, generando en su aparición (tanto en la del juguete como en la de su madre) el mayor placer: “(...) El niño convirtió en juego esa vivencia (...). En la vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, a pesar de que fue displacentera” (Freud, 1920, p. 15- 16).

A propósito del juego desde el enfoque freudiano, es pertinente destacar una perspectiva más romántica del propio autor:

Recordamos aquellas palabras de Freud en su trabajo *El creador literario y el fantaseo*, donde dice: “Todo niño que juega se comporta como un poeta, se crea un mundo propio, o mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada... el niño tiende a apuntalar sus objetos y situaciones imaginadas en cosas palpables y visibles del mundo real.”(Barreiro, J. y otro, 2002, p. 5-6).

### **2.2.2. Desde Klein: revolución del modelo de análisis infantil**

Melanie Klein es quien observa a los niños por primera vez en situación analítica y con su teorización se genera una auténtica revolución del modelo de análisis infantil (Ferro, 1998, p. 21). Los descubrimientos en relación a la infancia han formulado nuevas e importantes concepciones en relación a esta; con los hallazgos de Klein desaparecieron concepciones como la asexualidad del niño y la creencia de que la infancia es un paraíso (Klein, 1987, p.23).

Para Klein (1987) “el niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y solo comprenderemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él” (p. 27).

Klein estudió “la naturaleza del psiquismo infantil, el estrecho contacto entre inconsciente y consciente, así como la existencia de ansiedades, fantasías y defensas tempranas”. Establece que toda la vida psíquica del niño se despliega a través del juego y es equivalente a las asociaciones verbales para los adultos. En cambio, el uso es diferente, según Klein ellos las evocan de acuerdo a sus fantasías e imaginación. Cuando un niño es capaz de poner en palabras todo lo que le sucede, es un indicativo de que su proceso de análisis es exitoso (Freire de Garbarino, M. y otros, 1986, p.149).

Según Klein, los sueños son una fachada que permite, mediante su análisis, descubrir su contenido. El juego genera placer al niño, dado que a través de este se cumplen deseos y se dominan ansiedades:

Para Klein, la representación simbólica por medio de juguetes, es un modo de expresión arcaico propio del niño y muy cercano a su inconsciente. Jugando, el niño representa cosas que no solo le interesan por sí mismas sino que proporcionan múltiples significados simbólicos ligados a sus fantasías, deseos, placeres emociones y experiencias (Freire de Garbarino, M. y otros, 1986, p. 153-154).

Las angustias primitivas se asocian con el vínculo madre- bebé y se las relaciona con el pecho materno y los objetos parciales. La autora establece que las experiencias gratificantes que el infante pueda tener, favorecen el proceso de elaboración de las mismas.

En *De cajas y juguetes. Nuestros instrumentos de análisis infantil para el 2000*, los autores de dicho trabajo afirman:

Pero fue M. Klein quien inauguró el uso del juego como “vía regia” para el acceso al trabajo analítico con el niño. El juego se convierte con ella, en el medio privilegiado de comunicación para acceder a la comprensión de la fantasía inconsciente y del mundo interno del niño (Barreiro, J. y otros, 2002, p. 3).

Mediante el juego, el niño logra desplazar al mundo externo sus ansiedades. Klein nombra este proceso externalización. El mundo interno y el externo se proyectan en los objetos a través del juego. Es a través del funcionamiento de los objetos del mundo interno que Klein define posiciones: esquizoparanoide y depresiva. Las mismas definen un tipo de “estructuración del yo, un tipo de relación de objeto (parciales y/o totales) y mecanismos de defensa predominantes” (Freire de Garbarino, M. y otros, 1986, p.157).

Klein establece que existe una fantasía que acompaña y expresa cada impulso. La define a la fantasía inconsciente como la “expresión mental de los instintos”. Para cada impulso instintivo existe una fantasía asociada a él, por ejemplo: “al deseo de comer, le corresponde la fantasía de algo comestible que satisfaría ese deseo: el pecho”. Estos postulados suponen un mayor grado de organización del yo. El sujeto desde el nacimiento, sortea experiencias gratas y frustrantes, y la fantasía emerge como resultado de ellas (Segal, H. 1996, p. 20).

### **2.2.3. Juegos y juguetes**

Los juegos y juguetes empleados por los niños se transforman conforme ellos crecen y se desarrollan. Con respecto a esto Duhalde afirma:

La actividad lúdica en la primera infancia, es decir desde los primeros meses hasta la edad preescolar, promueve en el infante la creación de un sentimiento verdadero de sí mismo y el otro, y facilita así la emergencia del Self y la subjetividad. El juego entre el infante y la madre es el espacio genuino donde se despliega la actividad creadora, que permite al niño transitar de la ilusión y el control omnipotente a un sentido de realidad exterior (Winnicott, 1971). Los episodios de juego con juguetes entre madre y niño amplían la interacción y dan lugar a modos más complejos de encuentros y desencuentros afectivos en la vida respecto de las situaciones en que la interacción se da cara a cara sin objetos intermediarios (Tronick, 1998). El juego infantil está íntimamente relacionado con el sentimiento de placer, permitiéndole al niño la exploración del mundo que lo rodea. A través del juego se logra

la autoafirmación, la creación de un sentido de agencia y el desarrollo de representaciones de sí-mismo (Duhalde, C., 2011, p.240).

En torno a los cinco o seis meses de vida del infante, las escondidas es uno de los juegos que predomina en la vida del infante. En esta etapa de dependencia absoluta el bebé desaparece y hace aparecer a su mamá, manejándolo según lo prefiera. Es así que el infante, comienza a elaborar la angustia que le provoca la desaparición de su madre al salir de su visión. Entre los siete y los doce meses, el niño cambia su juego ya que comienza a descubrir su propio cuerpo, esto se relaciona con meter objetos pequeños en otros más grandes.

El juego le ofrece al bebé una larga serie de experiencias que responden a las necesidades específicas del desarrollo en el que se encuentra el infante.

El juguete, por otra parte, sostiene Aberastury (1968):

Posee muchas de las características de los objetos reales, pero por su tamaño, por su condición de juguete, por el hecho de que el niño ejerce dominio sobre él porque el adulto se lo otorga como algo propio y permitido, se transforma en el instrumento para el dominio de situaciones penosas, difíciles y traumáticas, que se le crean en la relación con los objetos reales (p. 10).

Por otra parte, Winnicott establece que el jugar es para el niño una experiencia creadora. Facilita el crecimiento del niño, conduce a relacionarse con los demás y concierne a la salud. La función del jugar, cambia en relación a la estructuración subjetiva. En este sentido Rodolfo (1989) refiere lo siguiente:

Insisto en la importancia de decir jugar y no juego, siguiendo la propuesta de Winnicott, para acentuar el carácter de prácticas significantes que tiene para nosotros esta función; en tanto el juego remite al producto de cierta actividad, a un producto con determinados contenidos, la actividad en sí debe ser marcada por el verbo en infinitivo, que indica su carácter de producción (p.120).

El autor arriba citado afirma además que no existe ninguna actividad significativa en el desarrollo de la simbolización en el niño, que no estén relacionados con el jugar; establece que todos los conceptos (sean estos abstractos o genéricos), pasan por allí, y que todo se espeja en el estado de sus posibilidades en cuanto al jugar.

Rodolfo (1989) establece funciones del jugar. La primera determina que, previo al uso de sus manos, el infante dispone de sus ojos y boca. "Hay entonces una actividad

múltiplemente extractiva que empieza mucho antes que las manos pero es cierto que se vuelve más notoria una vez que las manos quedan liberadas por la maduración neurológica” (p.125). En la segunda, el bebé desarrolla juegos de relación continente-contenido: “permite que la fantasía proceda con toda naturalidad a esta clase de operaciones, que se hallan en la base de lo que denominamos omnipotencia en el imaginario infantil” (p. 141). La tercera función tiene lugar en el último cuarto del primer año de vida del bebé, y se relaciona con la práctica del escondite. La misma despliega diferentes operaciones simbólicas y permite elaborar la separación.

A modo de desarrollo de las funciones del jugar que fueron descritas anteriormente, Rodulfo (1989) establece que existen funciones más arcaicas y primordiales que las que estableció Freud con su teoría sobre el *fort-da*. El autor relaciona estas funciones con la constitución libidinal del cuerpo, ya que el bebé antes de poseer control de los movimientos de sus brazos, lo tiene sobre sus ojos y boca, los cuales son también órganos de incorporación. Rodulfo menciona que el bebé trabaja como albañil de su propio cuerpo. En esta etapa, donde no existe una separación entre su cuerpo y su no-cuerpo, toda operación que el bebé efectúa sobre un objeto externo, involucra su ser más íntimo, vale decir corpóreo, puesto que cuerpo y espacio coinciden sin desdoblamiento. La separación en este nivel de desarrollo es una ilusión que el adulto proyecta. La etapa antes mencionada, podría relacionarse con la fase de personalización del desarrollo afectivo primario que define Winnicott, ya que el bebé se encuentra alojado en su cuerpo.

En relación a esto los autores de *La importancia del jugar en el desarrollo de la personalidad del niño* mencionan:

Entre los primeros tres meses, los juegos de todo niño, se encuentra el uso de sus manos, sus dedos, sus pies y explora su cuerpo y al descubrirlos tiende sus manos para tomar un objeto que se mueve, disfruta al tener un sonajero en sus manos y moverlo. Este tipo de actividades denotan placer y voluntad, y las puede repetir una y otra vez y sin proponérselo va ejercitando su coordinación visomotora (Schorn, op.cit.). La vista se desarrolla primeramente, el bebé puede fijar la mirada en la cara de su madre y en los objetos. La presencia de la madre le da sostén a su imagen y sobre todo el contacto con la piel de ella, su olor, su voz. Se establece así, una relación de dependencia con la madre a través de la mirada, el contacto, el tono y el movimiento esencialmente (...) (Aguilera; Damián, 2010, p. 60).

Profundizando lo mencionado anteriormente, Winnicott (1971) describe una “secuencia de relaciones vinculadas con el proceso de desarrollo y busca donde empieza el jugar” (p.71). Primeramente establece que el jugar comienza cuando el niño y el objeto se encuentran fusionados, momento en el que el bebé tiene una visión subjetiva del objeto, “y la madre se orienta a hacer real lo que el niño está dispuesto a encontrar” (p.71). En esta etapa de dependencia entre ambos, de ilusión-desilusión, se crea entre la madre y el bebé un estado de confianza. “El juego implica confianza y pertenece al espacio potencial que existe entre el niño y la madre” (Aguilera; Damián, 2010, p. 59). En una segunda etapa, ese objeto, al decir de Winnicott:

(...) es repudiado, reaceptado y percibido en forma objetiva. Este complejo proceso depende en gran medida de que exista una madre o figura materna dispuesta a participar y a devolver lo que se ofrece (Aguilera; Damián, 2010, p. 59).

Y el mismo autor agrega:

Ello significa que la madre (o parte de ella) se encuentra en un “ir y venir” que oscila entre ser lo que el niño tiene la capacidad de encontrar y (alternativamente) ser ella misma, a la espera que la encuentren (Winnicott, 1971, p.71).

En esta etapa, el infante atraviesa cierta experiencia de control mágico, la omnipotencia, proceso intrapsíquico de dominio de la realidad. La confianza es lo que constituye un “campo de juegos intermedio”; Winnicott lo denomina así porque establece que en ese estado de confianza es donde comienza el juego.

En la tercera etapa, el niño juega solo en presencia de alguien y ese alguien es una persona digna de su confianza y a quien ama. Esa persona que el infante recuerda se encuentra cerca y sigue estándolo, al reflejar lo que le realiza en el juego (Winnicott, 1971, p.71).

Por último, Winnicott describe una cuarta etapa en la que se superponen dos zonas de juego: la madre juega con el bebé y también intenta realizar las actividades de juego del infante; “Así queda allanado el camino para jugar juntos en una relación” (Winnicott, 1971, p.72).

Rodulfo (1989) establece una paradoja en relación a lo que Winnicott menciona acerca de la etapa de dependencia: “para poder separarse hay que estar muy unido, muy en fusión, es la fusión lo que permite la separación y no al contrario” (p. 142).



En este sentido es interesante la cita de Isla, en relación a la exposición de conceptos fundamentales sobre los objetos que el infante utiliza y la importancia de su continuidad:

Isla (2007) señala que el niño desde pequeño cuando se chupa el dedo o busca su sabanita para dormir, manifiesta su necesidad de ciertos rituales y objetos donde, a través de la fantasía recrea la experiencia amorosa con su madre. Esto ya es una creación imaginaria del bebé que será básica para su desarrollo afectivo e intelectual, creado a partir de las imágenes que dejaron huella en él. Estas huellas o marcas del niño se formarán a partir de la presencia cotidiana de objetos y personas en la vida del bebé, por lo que es muy importante que la madre mantenga una cierta continuidad en su relación con el niño. A través de los objetos que dan paso a sus juegos como la sábana, el pañal, el peluche; a través de éstos se empezará a destacar la importancia del olor, del tacto y del oído. La creación de estos objetos se da cuando el niño deposita sus fantasías en objetos reales que sólo necesita para calmarse la ausencia de la madre, a la cual está apegado (Aguilera; Damián, 2010, p.61).

Rodulfo (1989) en la segunda etapa del desarrollo del juego del infante, supone un segundo momento en la estructuración del cuerpo. Este juega con el supuesto de que la persona que ama y en la que confía se encuentra cerca. El bebé tiene recuerdos de esa persona, olores, sonidos, voz, la imagen que posee, que le permiten la representación del otro: son procesos que posibilitan la individuación del infante. En esta etapa, es posible observar juegos de relación continente/contenido, el infante descubre diferentes elementos en el interior de los objetos y los extrae.

Rodulfo sostiene que el infante realiza este juego de manera insistente, absorta y repetida. En relación a esto, también menciona que el segundo momento en el juego del niño no supone una diferenciación externo-interno (p. 141).

“No es que el objeto se ve arrojado afuera, sino que al arrojar el objeto se produce un afuera”, se produce una acción inaugural en la que lo fabrica. Esta acción permite al infante simbolizar la partida de su madre, a partir de ella puede pensarlo, imaginarlo y por tanto regular la angustia que le genera de forma diferente. En caso de que esto no ocurra, la ausencia del otro es equivalente a su destrucción, generando, al decir de Winnicott, la pérdida no acotada al objeto (Rodulfo, 1989, p. 172-173).

Rodulfo, define la tercera función del jugar (que durante mucho tiempo fue considerada como primera función) que implica el juego del escondite: prácticas de aparición y desaparición, copiadas por el adulto. En esta práctica, el goce al ocultarse

y luego aparecer es esencial. “Merece insistirse sobre lo significativo del viraje: la desaparición que hasta el momento no provocaba ningún placer o bien causaba angustia, pasa ahora a ser acontecimiento libidinal, el niño «se mata de risa» y reclama la repetición” (p.156).

El bebé se desprende de la mirada del otro “y de su ligadura fuerte con el ser: soy mirado, existo” (p.157). También establece que este juego se relaciona con el destete y este proceso no es reducible a la acción de dejar de mamar. Este proceso lo realiza el niño y el autor lo define como “dejar caer cosas”, refiriéndose a momentos fugaces en que el bebé:

(...) deja caer la mirada que lo sostiene, escapa y reaparece con el goce duplicado del escondite y del reencuentro. Trátase aquí de un verdadero fenómeno de destete porque se está produciendo una separación fundamental yo/ no-yo, partición simbólica, escisión básica de la que depende toda proliferación imaginaria sobre lo externo y lo interno. (Rodulfo, 1989, p. 158).

A partir de este proceso para el bebé los sujetos y objetos son reales conforme puedan desaparecer.

Rodulfo (1989) menciona que primeramente el bebé pone énfasis en el arrojar, seguidamente surge otro fenómeno lúdico en el transcurso del segundo año de vida, “nos conduce al descubrimiento de la puerta, en particular en su función de cierre”. La puerta es el borde, el límite de dos ambientes; antes carecía de investimento pero “durante el segundo año lo que sucede es algo enteramente distinto: una dedicación incansable a cerrar cuanto puerta encuentre, desapareciendo así o haciendo desaparecer al Otro o a lo que fuere”. El descubrimiento del vidrio genera algo muy similar, él puede ver a través de algo pero no tocar eso que ve, “propiedad que abre un jugar a agarrar la nada” (p. 162-163).

Es también en el transcurso del segundo año, que el niño comienza a jugar con el *no*, Rodulfo menciona que incluso juega a “*ser no*”. El niño responde así a toda petición realizada por parte del Otro. Juega a *no querer*, lo cual es decisivo en la constitución subjetiva. Se establecen los pares de opuestos dando lugar a nuevas categorías en el desarrollo de la simbolización del sujeto: lo veo/no lo veo, lo toco/no puedo tocarlo, entre otras (p. 163).

Como fue mencionado anteriormente, Winnicott establece como etapa del desarrollo del juego, aquella en la que el bebé comienza a jugar con el otro y se enriquecen

mutuamente ya que se superponen el juego del niño con el de otra persona (Aguilera; Castro, 2010, p.59).

El infante responde con su cuerpo a las necesidades que posee. Aquí radica la importancia del uso de los objetos transicionales, “una vez que empieza a disponer de ellos, queda liberado de recurrir a lo somático en sus modalidades más concretas” (Rodulfo, 1989, p.174). Es utilizada “la teoría de los fenómenos transicionales para describir la manera en que la formación de un ambiente lo bastante bueno en las primeras etapas permite que el individuo haga frente al inmenso golpe de la pérdida de la omnipotencia” (Winnicott, 1971, p.100).

El objeto transicional, como ya fue mencionado, es para Winnicott un medio que permite establecer un límite entre el afuera y el adentro, es decir una experiencia intermedia. Este objeto es usado por el infante para calmar la ansiedad y “como sustituto de la función reguladora de la atención de la madre” (Benjamin, 1996, p.61). Al decir de Winnicott el bebé logra internalizar la función tranquilizadora de la madre, y se genera un pasaje de lo activo a lo pasivo. En relación a esto, Winnicott crea la noción de reino transicional “en el cual el niño puede jugar y crear como si el exterior tuviera la misma maleabilidad que su propia fantasía” (p. 59). Esta noción se relaciona con el juego, la creatividad, la fantasía y la realidad.

Es a partir de las teorizaciones que Winnicott realiza sobre los fenómenos y objetos transicionales, que se define una zona de juego de la transicionalidad. En la misma se crea un espacio potencial entre el niño y el medio (Anfusso, A., Indart, V., 2009, p.57). Esta zona intermedia de experiencia es “un estado intermedio entre la incapacidad del bebé para reconocer y aceptar la realidad, y su creciente capacidad para ello” (Winnicott, 1971, p. 19).

El uso de estos objetos se acompaña con la elaboración de fantasías y pensamientos: los fenómenos transicionales. La importancia que adquiere el objeto al momento en el que por ejemplo el niño intenta dormir es vital; es una “defensa contra la ansiedad” (Winnicott, 1971, p. 20-21).

Estos objetos presentados por la madre serán usados o no por el bebé. Al escoger un objeto y este ser utilizado como transicional tendrá riqueza única. Luego este objeto ayudará a establecer nuevas elecciones hacia otros. Las autoras de *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* citan al autor para referirse a la capacidad materna de presentarle a su hijo el mundo:

“El proceso de maduración impulsa al bebé a relacionarse con objetos, pero solo lo logrará si el mundo le es presentado de manera adecuada. La madre poniendo en juego su capacidad de adaptación, presenta el mundo al bebé de tal modo que este recibe al comienzo una ración de la experiencia de omnipotencia, lo cual constituye una base apropiada para su posterior avenimiento con el principio de realidad” (Winnicott, 1993, 37-38) (Anfusso, Indart, 2009, p. 61).

El objeto transicional ayuda a consolidar la separación del mundo interno del externo. Lo que interesa en relación a este es su “calidad de objeto o fenómeno que reúne ambas características salvando así la discontinuidad que puede darse entre mundo interno y externo, haciendo de nexo entre ambos, generando una transicionalidad gradual entre interioridad y la exterioridad” (Anfusso, Indart, 2009, p.57).

Winnicott desarrolla la idea de que el infante para poder usar un objeto primero debe destruirlo, esto diferencia dos dimensiones: la del *relacionamiento* con el objeto y la del *uso* del mismo. El uso se refiere al “poder beneficiarse creativamente con otra persona, se refiere a la experiencia de la realidad compartida” (Benjamin, 1996, p. 54).

El infante usa el objeto y se relaciona con él, al volverse exterior lo destruye, para finalmente sobrevivir a la destrucción por parte del sujeto. “«Tienes valor para mí por haber sobrevivido a tu destrucción por mí». «Mientras te amo te destruyo constantemente en mi *fantasía* (inconsciente)». Aquí comienza la fantasía para el individuo. Entonces el sujeto puede utilizar el objeto que ha sobrevivido” (Winnicott, 1971, p.121).

El autor sostiene que esta destrucción del objeto es importante para poder formar la realidad, ya que ubica al objeto fuera de la persona, “(...) el impulso destructivo es el que crea la exterioridad”, y su supervivencia genera alegría en el sujeto (p.125).

Winnicott (1971), señala que existe una aptitud para usar objetos y el sujeto desarrolla la capacidad que le permite usarlos: “forma parte del paso al principio de la realidad” (p. 121). El uso de objetos, constituye el proceso de maduración y depende del ambiente facilitador. Entre la relación de objeto y el uso, existe la “ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio” (p.121).

Winnicott propone que el objeto debe ser destruido adentro para que sobreviva afuera; así se lo reconoce como no sometido a nuestro control mental, aquí una vez más, se evidencia lo paradójico de las teorizaciones de Winnicott (Benjamin, 1996).

Pues si yo niego completamente al otro, él no existe, y si él no sobrevive, no está allí para reconocermelo. Pero para descubrir esto yo tengo que tratar de ejercer este control, tratar de negar su independencia. Para descubrir que él existe, tengo que desearme absoluto y solo: entonces, por así decirlo, abro los ojos y puedo descubrir que el otro sigue allí. En otras palabras, la destrucción es un esfuerzo por diferenciar (Benjamin, 1996, p.55).

El ambiente sostiene al infante en momentos en los que este descarga su potencial destructivo en el medio. La tranquilidad y contención brindada en este momento, podrá devolverle la idea de lo que “él siente verdadero no es necesariamente real” (Benjamin, 1996, p.58).

En relación al objeto transicional, es la primera posesión no-yo por parte del niño, también es un símbolo de la unión de este con su madre y su primera experiencia de juego. Ese objeto tomado por el infante ya existía objetivamente, pero él lo crea subjetivamente. Posee una función tranquilizadora y calmante, “internaliza la función tranquilizadora de la madre”. Winnicott a partir de estas concepciones, desarrolla una noción más abarcadora, la de reino transicional en donde el infante crea y juega, como si el exterior fuese tan dócil como su fantasía.

Desde el principio el bebé vive experiencias de máxima intensidad en el espacio potencial que existe entre el objeto subjetivo y el objeto percibido en forma objetiva, entre las extensiones del yo y el no-yo. Ese espacio se encuentra en el juego recíproco entre el no existir otra cosa que yo y el existir de objetos y fenómenos fuera del control omnipotente (Winnicott, 1971, p.135).

El infante busca, a través del uso de objeto, satisfacer su demanda que es sobre todo de amor.

El niño busca (...) lo que la madre puede dar como razón de su amor y esto es “encontrado” (significado) a través de signos (...), señales que hablan de su amor pero que sólo lo representa. Un objeto natural nunca va a colmar o rellenar ese espacio simbólico, y esto es una parte esencial del proceso de simbolización, donde lo que está en juego es una transformación del objeto natural en objeto simbólico” (Casas de Pereda, 1999, p.64).

El juego del niño es un lenguaje, un discurso y también contribuye a la organización psíquica. El juego como actividad posee un rasgo importante, el niño y el adulto están en libertad de ser creadores, mostrar así su personalidad y descubrirse a sí mismos (Winnicott, 1971, p.79). La creatividad definida como una “actitud hacia la realidad exterior” (p. 93). El niño a través de su juego, simboliza la ausencia de la madre.

Casas de Pereda (1999), menciona que “hay un hiato de espacio y tiempo entre el símbolo y lo simbolizado que se juega en el objeto transicional”. En el proceso de simbolización, el símbolo queda en una representación, y es camino de simbolización, “porque aún no es simbolizado; porque si lo fuera no estaría adherido a su representación (trapito, osito, chupete) (p.68-69). Los fenómenos transicionales, que abarcan los laleos, la imitación de sonidos, entre otros, definidos por Winnicott se equipara a los objetos transicionales y también son esenciales para los procesos identificatorios (Benjamin, 1999, p.68).

Benjamin (1999) menciona:

La creación del objeto transicional en la realidad de un objeto concreto tiene algo de ese real que no se deja perder. Y ese espacio transicional es un espacio- tiempo fecundo en que a modo de juego pulsional se intercambia presencia y ausencia. El lado de posesión no-yo es ese primer tramo de simbolización que dura un tiempo, el tiempo del objeto transicional. Y cuando desaparece, cuando se pierde, podemos inferir que un proceso de simbolización ha tenido lugar, ha dado un paso puntual, capital (p.73).

En el espacio potencial creado entre la madre y el bebé (de experiencias compartidas), el infante necesita de ese otro, para que el signo se haga símbolo. En ese “acontecer-experiencia de interminables puestas en escena se anudan momentos de simbolización” (Casas de Pereda, 1999, p.64). La autora mencionada anteriormente, afirma que el sujeto al soltarse del objeto y viceversa; transita por un momento de simbolización.

El objeto transicional es definido por Winnicott como la primera posesión no-yo. Este acto de posesión del objeto (creo al objeto) produce el goce; se “contrapone a la ausencia (angustia), prepara el símbolo (representacional lingüístico, significativo), es porque en él hay un elemento simbólico de juego” (Casas de Pereda, 1999, p.70). En este *no-yo*, hay un trabajo sobre la elaboración de la ausencia del otro, por parte del sujeto: camino de simbolización.

### 3. Reflexiones finales

La Psicología ha contribuido en la humanización del concepto de infancia, ayudando a aliviar el sufrimiento sobre todo psíquico de los niños. Sin lugar a dudas, se han producido grandes avances en materia de derechos en relación a la infancia.

La situación de la infancia, hoy en día, poco tiene que ver con la de la antigüedad. Pero es necesario ahondar esfuerzos, con el objetivo de ayudar y proteger a niños de los sectores y lugares del mundo más olvidados y relegados.

Las diversas organizaciones creadas con el objetivo de proteger a la infancia dan cuenta de los cambios en la historia de la humanidad. En el siglo XX, surgen nuevos paradigmas que colocan en el centro de la discusión a la infancia; el adulto pasa a compartir el lugar de supremacía que históricamente tuvo. “Con la familia moderna (...) comenzó una política más piadosa que incluyó, gradualmente, la conservación de los niños y un trato cada vez más humano” (Volnovich, 1999, p.36).

Los grandes avances en materia de ciencia y tecnología, entre otros, “coinciden con la falta de seguridad, la ausencia de justicia e igualdad y la desesperanza, que se adueña de la infancia, y que bien podría resumir sus condiciones de vida o, más bien, sus condiciones de muerte” (Volnovich, 1999, p.37).

Es interesante la lectura de Volnovich (1999) cuando agrega que:

Por otro lado, está el mito del amor maternal, construcción mucho más reciente que – al mismo tiempo que le salvó la vida a muchos niños- culpabilizó (y por tanto sometió) a la mujer en función de su anatomía al servicio de la procreación (p.42).

El mismo autor (1999), también hace referencia que en los trabajos de divulgación realizados por los principales psicoanalistas de niños, entre ellos Winnicott, es posible reflejar lo antes mencionado en sus teorizaciones. El teórico cuestiona hasta qué punto el psicoanálisis no está obturando esta posición en la que se coloca a la mujer.

El mito del amor maternal y otras cuestiones recientemente mencionadas, fueron visualizados en el desarrollo del trabajo y también en las lecturas efectuadas para su realización. El lugar asignado a la mujer es primeramente el de madre habilitadora del desarrollo del psiquismo del infante. En muy pocas oportunidades se incluye a la mujer no madre, habilitando que otra mujer desarrolle las tareas de cuidado del bebé, mucho menos si hablamos de familias homoparentales masculinas.

Winnicott fue pionero en considerar la importancia que tenían los cuidados maternos en el infante, la agresión primaria, la respuesta del ambiente como determinantes en la vida del infante, “la aparición de lo externo en su calidad de tal, la diferenciación yo/no yo”, y la consideración de fases de dependencia, entre otras. Estas cuestiones generaron cambios estructurales en el pensar la psicología infantil (Anfusso, Indart, 2009, p.20):

(...) el “self verdadero y falso” y “lo transicional” conforman nuevos ejes del desarrollo sano y de los objetivos de la prevención, del diagnóstico y de la práctica psicoterapéutica; las marcas que quedan grabadas a partir de experiencias no verbales y/o no representativas, que superan ampliamente en número a todas las comunicaciones que se hacen a través de la palabra, cobran fuerte significación y exigen consideraciones teórico clínicas (Anfusso, Indart, 2009, p.20).

En esto de lo transicional planteado por Winnicott, el objeto une y separa al mismo tiempo, y el objeto simboliza la unión entre el bebé y su madre.

El objeto representa la confianza y son símbolos de la unión de dos cosas separadas. “El símbolo de la unión ofrece un espectro mucho más amplio de posibilidades a la experiencia humana que la unión en sí misma” (Anfusso, Indart, 2009, p. 58).

El pensamiento de Winnicott es vigente, universal y ambiguo. “El estilo de escritura de red y el uso de paradojas (...) hacen difícil el intento de una sistematización organizada de las ideas de este autor” (Anfusso, Indart, 2009, p.20). Por lo que fue necesario recurrir también a otros textos que teorizaran sus formulaciones con mayor linealidad.

Anfusso e Indart (2009), mencionan que su pensamiento generó un cambio de paradigma en cuanto a la constitución de la subjetividad, el funcionamiento psíquico y a las relaciones interpersonales. Consideró la importancia que poseen los cuidados maternos en las primeras etapas de la vida del infante, obligando a pensar y cuestionar el corpus teórico de la época.

Este trabajo enriqueció mis nociones previas en relación a la temática, generando nuevas herramientas de interpretación y observación. El proceso de elaboración del mismo fue sistematizador de mi pensamiento y permitió, dado mi desempeño laboral, un permanente comprobar en la práctica.



La elaboración del trabajo requirió de recortes, elecciones y posicionamientos, es la síntesis de un proceso en el que se abordó la temática del desarrollo afectivo primario y el juego en el infante desde una concepción de salud.

#### 4. Referencias Bibliográficas

- Aberastury, A. (1968). *El niño y sus juegos*. Buenos Aires: Paidós.
- Aguilera M. G.; Damián D. M., (2010). *La importancia del jugar en el desarrollo de la personalidad del niño*. Revista Electrónica de Psicología Iztacala, 13(4), 56-79. Recuperado de: <<http://goo.gl/AIJef6>>.
- Anfusso, A., Indart, V. (2009). *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* Montevideo: Psicolibros.
- Barreiro, J. y otros. *De cajas y juguetes. Nuestros instrumentos de análisis infantil para el 2000*. (2002). Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Recuperado de: <<http://goo.gl/UWjVFg>>.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bowlby, J. (2012). *El apego y la pérdida*, Vol. 1. Buenos Aires. Paidós.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- De Souza, L., Anfusso, A. (2016). Comunicación interna. Facultad de Psicología, Udelar.
- Duhalde, C., Tkach, C., Esteve, M. J., Huerín, V., R De Schejtman, C. (2011). *El jugar en la relación madre-hijo y los procesos de simbolización en la infancia*. 18, 239-246. Recuperado de: <<http://goo.gl/MLkcx>>.
- Ferro, A. (1998). *La técnica en el psicoanálisis infantil. El niño y el analista: de la relación al campo emocional*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Freud, S. (1976). *Más allá del principio del placer* (1920). Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gillerault, G. (2009). *Dolto/Winnicott: el bebé en el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1987). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.

- Laboratorio de Psicoanálisis de niños, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Weigle, A. y otros (1986). *El juego en psicoanálisis de niños*. (Compilación) IMPREX S.R.L., Montevideo.
- Paolicchi, G., Colombres, M. M., Kohan Cortada, A., Maffezzoli, M., Bosoer, E., Abreu, L. *Funciones parentales, modalidades de apego y juego: hacia la conformación de una “base segura” para el desarrollo infantil*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de: <<http://goo.gl/ws6dl9>>.
- Paolicchi, G., Kohan Cortada, A., Colombres, R., Pennella, M., Maffezzoli, M., Abreu, L., & Bosoer, E. (2012). *Apego y Juego. Marcas epocales en la conformación de las funciones parentales*. XIX Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. 2, 243-254. Recuperado de: <<http://goo.gl/C4l3tW>>.
- Ruiz, I. (1994). En diálogo con Winnicott: la intervención madre ambiente en función de la transferencia madre ambiente. AUDEPP Intervenciones Psicoanalíticas. 2, 147-154.
- Rodolfo, R. (1989). *El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Buenos Aires: Paidós.
- Segal, H. (1996). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Volnovich, J. C. (1999). *El niño del “siglo del niño”*. Buenos Aires: Lumen.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- — (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia.
- — (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.

